



# Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 180

15 de diciembre de 2010

ISSN 1989-4988

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

TERESA M<sup>a</sup> MAYOR FERRÁNDIZ

Teodora de Bizancio (497 o 500-548)

## RESUMEN

El siglo de Oro del arte bizantino corresponde al reinado del Emperador Justiniano y su esposa Teodora, de quien sus muchos enemigos decían que antes de ser Emperatriz fue una famosa y promiscua prostituta.

## PALABRAS CLAVE

Teodora, Justiniano, Bizancio, San Vital de Rávena.

Teresa M<sup>a</sup> Mayor Ferrándiz

Licenciada en Geografía e Historia

Profesora de Bachillerato y Secundaria

[teresa.mayor@gmail.com](mailto:teresa.mayor@gmail.com)

[Claseshistoria.com](#)

15/12/2010

La imagen más famosa que tenemos de la Emperatriz Teodora de Bizancio aparece en los resplandecientes mosaicos que decoran el presbiterio de la basílica de San Vital en Rávena, una iglesia de planta octogonal, construida entre los años 538-547. Teodora aparece majestuosa, hierática, maravillosamente enjorada, envuelta en el manto púrpura imperial (“*Paludamentum*”) y rodeada de sus damas y sus eunucos. Lleva corona y un cáliz entre sus manos y está situada en el centro de toda la pompa de la Corte.

Teodora, la esposa del Emperador Justiniano I, nació en la capital del Imperio Bizantino, Constantinopla, en el año 497 (aunque algunos historiadores dan la fecha del año 500) y falleció el día 28 de junio del 548, al parecer de cáncer.

Fue hija de un modesto cuidador de animales de la facción Verde del Hipódromo llamado Acacio, el “*encargado de los osos*”. En su adolescencia y juventud trabajó como actriz, oficio que entonces estaba emparentado con el ejercicio de la prostitución. Sus espectáculos eran famosos por su gran atrevimiento y procacidad. Procopio de Cesarea, en su “*Historia secreta*”, nos lo hace saber con estas palabras:

*Muchas veces, incluso en el teatro, se desvestía ante todo el pueblo que la contemplaba y así se paseaba desnuda entre ellos, cubriéndose sólo en torno a las vergüenzas y las ingles con un taparrabos, pero no desde luego porque sintiera vergüenza de mostrar estas partes en público, sino porque no se permitía allí a nadie salir completamente desnudo, a no ser que se cubra las ingles con un taparrabos. Así, pues, se tumbaba de esta guisa en el suelo y yacía boca arriba. Unos asistentes que tenían asignado precisamente este trabajo, esparcían cebada por encima de sus vergüenzas para que se los comieran unos gansos especialmente entrenados para esto, cogiéndolos de allí uno a uno con sus picos. Ella no es sólo que no se enrojeciese al incorporarse, sino que incluso parecía estar orgullosa por esta actuación, pues no sólo era una impúdica, sino que superaba a todos a la hora de concebir actos impúdicos (1).*

Tal vez Procopio nos esté describiendo alguna representación teatral de un “*mimo*” en el que se recreaba el famoso mito de Leda y el Cisne, que era, en realidad, el propio dios Zeus, metamorfoseado en esta hermosa y elegante ave.

En el año 520, cuando la bella actriz tenía unos 20 ó 23 años, conoció a Justiniano, que era unos quince años mayor que ella, quién se enamoró de la hermosa mujer, celebrándose el matrimonio en el 525. Dos años después, el día 1 de abril de 527, fue proclamada “*Augusta*”, el título que se concedía a las esposas de los emperadores bizantinos. De esta forma el Emperador demostraba que el suyo sería un gobierno compartido.

Cuando murió fue enterrada en la iglesia de los Santos Apóstoles, una fundación de Constantino el Grande.

Los testimonios que nos han llegado de la Emperatriz Teodora oscilan entre el elogio más exaltado y la crítica más cruel y misógina, entre el panegírico y el vituperio. No hay término medio. Se la glorifica o se la descalifica. O blanco resplandeciente o negro abismal. Ni siquiera una tímida pincelada neutra de color gris. ¿Por qué? Podemos afirmar a esta cuestión diciendo que Teodora es una **plebeya**, de oscuro origen y turbulento pasado, que llega al Poder en mayúsculas, a la “*Púrpura*” bizantina.

L. Garland, en su libro “*Byzantine Empresses. Women in Byzantium, 527-1204*”, nos enumera algunos de los oficios, o trabajos, que podían desempeñar las mujeres en Bizancio: bañeras, médicas, matronas, enfermeras, nodrizas, actrices de toda clase y condición, prostitutas, brujas, monjas. También se dedicaban al comercio, a la agricultura y a la artesanía... La mujer bizantina no estaba *encerrada* en el “*gineceo*” de su hogar, como sucedía en la Grecia antigua. Salía a la calle, era más “*visible*” (2). Hay que añadir que las casas de las gentes urbanas de clase alta y media, con buenos ingresos económicos, tenían habitaciones separadas para las mujeres, en las que, en teoría, los hombres no eran admitidos. Es en este contexto donde hay que hablar de un relativo semi-enclaustramiento de las mujeres bizantinas. La reclusión de las mujeres era un ideal que, después del siglo XI, dejó de ser una realidad (3). En relación con el matrimonio, su situación era de subordinación al varón, sobre todo en lo referente a la distinta consideración del delito de adulterio y a la dote.

La literatura religioso-misógina presenta a la mujer como una hija de Eva. Un tópico que también se da con gran profusión en el Occidente cristiano. Obras misóginas famosas son el “*Tesoro*” de Teognosto, quien se preguntaba “*¿Qué es la mujer?*” y se respondía: “*La pérdida del alma*”, el “*Syntipas*”, un libro de origen oriental que fue traducido al español con el título de “*El Sendeba*” y que gozó de enorme difusión... Nada nuevo, viejos tópicos y más tópicos. Algunos de ellos clerical-misóginos y supuestamente etimológicos, como el hacer derivar la palabra “*mulier*” de “*mollities*”, aberración pseudolingüística y antifeminista debida al *sabio* San Isidoro... El monje chipriota Neophytos (de finales del siglo XII y comienzos del XIII), considerado un santo varón, afirmaba que las mujeres “*atrapan y devoran las almas de los hombres honrados, arrastrándolos a la muerte eterna*”. Para el eremita de Chipre el propio deseo era ya pecado: “*Una flecha de deseo hiere tu corazón, tu mente está obnubilada, y... concibes el deseo; y el deseo, como se suele decir, una vez concebido, da nacimiento al pecado, y el pecado, una vez cometido, trae la muerte*” (4)

Las emperatrices bizantinas desde Elia Pulqueria (414-453) hasta Elia Constantina (582-605) fueron adquiriendo, poco a poco, poder e influencia, hasta llegar a Justiniano que impuso a sus oficiales jurar por el Emperador y la Emperatriz:

*Todos debían adorar a la Emperatriz como si fuera un dios.*

*Y el pueblo, que había sido antes espectador de sus actuaciones, enseguida, con una falta total de decencia, mostrando las manos*

*tendidas en actitud de súplica, se mostró dispuesto a ser y llamarse su esclavo (5).*

Este juramento de sumisión (“*Douleía*”) lo prestaban todos los cargos provinciales, tanto ante Justiniano como ante Teodora. Las “*augustas*” contaron con acuñaciones de moneda, vestían la “*púrpura*” y controlaban su propio “*cubiculum*” o dependencias imperiales. Adquirían el título de “*Augusta*” por su matrimonio con el Emperador.

Cuando Justiniano conoció y se enamoró de Teodora, las mujeres de la familia imperial se opusieron a su boda con la actriz, destacando su tía Lupicina Eufemia, esposa de su tío el Emperador Justino, de quien heredó el Imperio. Esta augusta dama, mientras vivió, vetó ese casamiento. De ella Procopio de Cesarea dice que había sido “*esclava y bárbara*” (VI, 19). De su nombre, Lupicina, hay que añadir que procede de las palabras latinas “*Lupa*” (loba), que designaba a las prostitutas, y “*lupanar*”, prostíbulo.

Procopio de Cesarea vituperó, con especial saña, a Teodora. Pero también hace lo mismo con la esposa del famoso general Belisario, Antonina, de quien dice que “*su madre era una de las que se prostituían en el teatro*” (I, 11) y que cometió adulterio con el tracio Teodosio, que había sido adoptado por su propio esposo. Así, como en los “*culebrones*”, todo quedaba en casa:

*Después de saciarse allí de la compañía de su amante y aprovecharse de la simplicidad de su marido, regresó con ambos un poco después a Bizancio. Entonces Teodosio empezó a alarmarse por su complicidad con Antonina y cambió de actitud, pues creía que era imposible pasar desapercibido, porque veía como la mujer no era ya capaz de mantener oculta su pasión ni de dar rienda suelta en secreto a sus deseos, sino que no daba la menor importancia ni a ser llamada abiertamente adúltera ni a comportarse como tal. Por ello, regresando de nuevo a Éfeso y tonsurándose como es costumbre, ingresó entre aquéllos que se llaman monjes (6).*

La Emperatriz Teodora aparece como amiga, cómplice y alcahueta de Antonina. Tal para cual, *Dios las cría y ellas se juntan...* Incluso llega a esconder al falso monje Teodosio en el Palacio Imperial. Y añade Procopio:

*Al día siguiente, mandando buscar a Antonina, le dijo: “Mi queridísima patricia, la víspera vino a parar a mis manos una perla cual no vio nunca hombre alguno. No querría privarte de esta visión, si así lo deseas, sino que te la mostraré”. Aquélla, sin comprender lo que estaba sucediendo, le rogaba que le mostrase la perla, pero ésta le mostró a Teodosio sacándolo de la habitación de uno de los eunucos. Antonina se sintió tan embargada de alegría por el placer de verlo, que al principio se quedó sin habla, pero luego le reconoció los muchos favores que ella le había hecho y la llamaba su salvadora y su benefactora, su verdadera dueña. La emperatriz, reteniendo a este Teodosio en Palacio, le*

*obsequiaba con lujos y otras comodidades y amenazaba con nombrarle en breve general de los ejércitos romanos. Pero una previsora justicia se lo llevó de entre los hombres presa de un ataque de disentería (7).*

Procopio califica a Justiniano como “*El príncipe de los demonios*”, cuando en el Imperio Bizantino, un Imperio Teocrático, el Emperador era considerado como el *Representante de Dios en la Tierra*, igual a los Apóstoles: “*Isapóstolos*”. Se creía que el Cielo le había ordenado gobernar el Imperio y que contaba con la ayuda divina. El Emperador se sentaba en un alto trono y sus visitantes hacían la “*proskynesis*”, ritual de claro origen persa. En otras palabras, se arrodillaban delante del Emperador y ponían la frente en el suelo. La Emperatriz representaba a la Virgen María, a la Theotokos, papel que las “*augustas*” emularon en la corte de Constantinopla (8).

En otra ocasión, Procopio nos habla de una compañera de la farándula y de prostitución de Teodora, llamada Macedonia, cuando vio tan abatida a la futura Emperatriz, porque había sido humillada por su amante Hecebolo, y había perdido mucho dinero:

*Le dio mucho aliento y ánimo pues le dijo que la fortuna sería capaz de proporcionarle de nuevo mucho dinero. Dicen que entonces Teodora dijo que le sobrevino aquella noche un sueño que le ordenaba que no se preocupase en absoluto por su prosperidad, ya que cuando llegara a Bizancio yacería con el príncipe de los demonios y éste se serviría de toda clase de artimañas para vivir con ella como legítima esposa y convertirla en dueña de todo el dinero del mundo (9).*

E insiste, varias veces, hablando de la naturaleza demoníaca de Justiniano y de su esposa, pero no menciona ni a Satán ni al Anticristo en su panfletaria obra, ni tampoco utiliza el típico lenguaje escatológico de los textos visionarios. La crítica de Procopio es política, pues se irrita por las muchas víctimas inocentes que los proyectos guerreros de conquista de Justiniano ocasionaron, por su descabellado afán en recuperar los territorios que habían formado parte del Imperio Romano. También descalifica a Justiniano como “*perseguidor de herejes*”. Y además le llama “*Demonio acéfalo*”, es decir, le descalifica como “*monofisista*”. Los monofisistas creían que Jesucristo no fue mitad divino y mitad humano, sino solamente divino. La “*Historia secreta*” se puede considerar una especie de “*Hagiografía a la inversa*”, tal como afirma la historiadora Evelyn Patlagean (10). Sin embargo en este libro encontramos una serie de paradojas bastante curiosas, pues es el mismo Procopio quien nos informa que el Emperador mandó prohibir la pederastia por ley (XI, 34).

Pero los insultos más mordaces de Procopio, la crítica más feroz y la invectiva más cruel van dirigidos contra la esposa de Justiniano, Teodora. Procopio nos narra, con todo de lujo de detalles, sus comienzos en la prostitución, junto con sus otras dos hermanas, llamadas Comitó y Anastasia, cuando apenas era una niña:

*Comitó fue la primera que sobresalió entre las heteras de aquellos días. Después de ella venía Teodora, que se cubría con una pequeña túnica*

*de mangas a la manera de un joven esclavo (...) Por aquel entonces Teodora, que no estaba todavía desarrollada, no podía acostarse con ningún hombre y era absolutamente incapaz de tener relaciones como mujer, pero ella se unía lascivamente como los hombres con ciertos miserables y esto incluso con cuantos esclavos seguían a sus dueños al teatro para cometer este acto nefando aprovechando la oportunidad que se les presentaba. Permanecía así mucho tiempo en el prostíbulo entregada a este comercio contra natura de su cuerpo (11).*

Después, ya convertida en una hermosa adolescente se convirtió en una hetera “de infantería” porque:

*Entregaba su juvenil belleza a todo el que llegaba, dejándole que se sirviera de todas las partes de su cuerpo (...) Aquella mujer de vida licenciosa no dejaba de hacer escarnio de sus amantes, pero conseguía siempre retener junto a ella la voluntad de aquellos libertinos, dejándolos exhaustos una y otra vez con las más audaces técnicas amoratorias, puesto que no toleraba que nadie de los que la trataban la sedujese, sino que era ella por el contrario la que los seducía a todos con sus chanzas y sus groseros movimientos de cadera, especialmente si eran jóvenes impúberes (...) A pesar de que se servían de sus tres orificios, se quejaba contra la naturaleza, a la que acusaba porque no le había abierto en sus pechos un orificio mayor del que tienen ahora las mujeres para que ella pudiera ser capaz de concebir allí otras formas de copular. Y aunque a menudo se quedaba embarazada, casi siempre pudo provocar enseguida el aborto (12).*

Hay que recordar que el orador Lisias, en el siglo IV a. C., censuró a una “hetaira” llamada Antipa por usar inmoralmente dos orificios corporales. Más tarde el autor conocido como Seudo-Demóstenes acusó a Neera de utilizar indecentemente tres partes de su anatomía. Procopio va un poco más lejos en su panfleto contra Teodora, pues, como conocía suficientemente estos dos modelos literarios, aumenta el número de los orificios corporales hasta llegar a cuatro. La Teodora que nos retrata Procopio reclama un placer que desprecia todas las leyes naturales hasta desembocar en una antinatural “hybris” sexual (13).

Más adelante Procopio nos da el nombre de uno de sus muchos amantes: Hecebolo, ya citado, un funcionario encargado de la administración de la Pentápolis, posible gobernador de esta provincia, al que ella ofendió y, por ello “fue expulsada inmediatamente de su lado” (IX, 27).

Después viajó por todo el Oriente practicando su oficio hasta que llegó a la ciudad de Alejandría, donde conoció al patriarca Timoteo (517-535), defensor de la herejía monofisista, que llegó a ser para ella su verdadero “padre espiritual”, según Juan de Nikiu (XC 87). Es probable que en Alejandría se produjera su conversión espiritual y el

abandono de la prostitución. Cuando regresó a Bizancio su vida cambió radicalmente, pues fue entonces cuando conoció a Justiniano:

*Cuando llegó a Bizancio de nuevo, Justiniano concibió un violento amor por ella. Al principio la trataba como a una amante, aunque la había ascendido a la dignidad de patricia. Teodora pudo así adquirir enseguida un extraordinario poder y amasar consiguientemente una enorme fortuna, pues lo que más placer le causaba a este hombre era dar todos sus bienes y conceder todos sus favores a su amada, que es lo que les suele suceder a los que están perdidamente enamorados. Así, el estado se convirtió en el combustible de este amor y Justiniano junto con Teodora no sólo arruinó todavía más que antes al pueblo en la capital, sino por todo el imperio de los romanos (14).*

Procopio para atacar a Justiniano destaca el “*pasado*” de su esposa y así, narrando la agitada vida sexual de la antigua prostituta, con toda clase de detalles escabrosos, incluso pornográficos, ridiculiza al propio Emperador, pues éste se ha casado con una Meretriz, no con una verdadera Emperatriz. Ella no es la mujer apropiada, entre otras muchas cosas porque no era virgen y, en cambio, es dueña de un “*turbio pasado*”, y, por ello, la capacidad política de Justiniano queda en entredicho...Y es que para muchos bizantinos no era posible ver el deseo sexual como una necesidad normal y, sobre todo, muy humana. Se creía que los demonios estaban por todas partes, acechando a las pobres almas de los seres humanos de carácter débil, y que la excitación y el contacto sexual eran actividades que solían interpretarse como síntomas de posesión diabólica o una especie de locura que suprimía toda cordura (15). Sin embargo, hay que recordar que hasta el propio Procopio llega a reconocer que Teodora fue siempre fiel a su esposo. Nuestro autor no menciona, ni puede citar, ningún acto licencioso ni ninguna infidelidad por parte de Teodora. Nuestra opinión es que la “*Historia secreta*” de Procopio no es un libro serio, sino un conjunto de “*cotilleos*” malintencionados de pésimo gusto. Es más, todo el capítulo IX, dedicado a Teodora, está introducido por varias maliciosas expresiones como “*Dicen*” y “*Según dicen*”, con lo que Procopio da voz y palabra a ciertos “*rumores maledicentes*”, más propios de tertulias masculinas, de marcado carácter festivo-machista, que de un cronista serio o un historiador. Y más todavía, dicho capítulo IX parece estar inspirado directamente en el escrito “*Contra Neera*”, atribuido al famoso orador ateniense Demóstenes, como ya hemos destacado, donde se cuenta la ascensión, y posterior caída, de una prostituta. La acusación más destacada de Procopio al Emperador bizantino es que, al casarse con Teodora, desafió toda la tradición legal y gubernamental, ya que ella, también, llegó a ejercer una enorme influencia en algunas de las decisiones de Justiniano, sobre todo en la redacción de muchas leyes favorables a las mujeres. Teodora aportó sus ideas al “*Corpus Juris Civiles*”, donde se defendía el derecho al divorcio, la prohibición de castigos por adulterio, el reconocimiento de los hijos bastardos, que las mujeres pudieran heredar, que las esposas pudieran conservar su dote, la pena de muerte para los violadores, la posibilidad de abortar, la prohibición de la prostitución a la fuerza y de la pederastia, que era castigada con la castración. Además, Teodora se encargó de crear planes

para que muchas prostitutas fueran rehabilitadas y pudieran aprender otros oficios. Con este fin mandó construir un convento, situado en la orilla asiática del Bósforo, llamado *Metanoia*, donde las prostitutas reclusas aprendían diversos oficios, todos ellos considerados típicamente femeninos, tales como corte y confección, el huso y la rueca, cocina, enfermería, etc. Aprendizajes que se alternaban con los rezos, doctrina cristiana y el arrepentimiento de los pecados. Si contraían matrimonio, la Emperatriz se encargaba de concederles una dote. El “*Código de Justiniano*” se redactó entre los años 528-534. El Emperador Justiniano, aconsejado por su esposa, fue, también, responsable de un Edicto en el que se consideraba la trata de blancas como un crimen y que ordenaba el destierro a los propietarios de los burdeles. Estas nuevas leyes aparecen recogidas bajo el epígrafe de “*Novellae Constitutiones*”. Hay que destacar la “*Novella 14*”, que pretendía dar protección a las prostitutas (16).

El gran momento de gloria de Teodora se produjo cuando la Emperatriz animó a Justiniano, y a todos los grandes oficiales del Imperio, a hacer frente a la rebelión de Nika, en el 532, y no huir cobardemente como se había planeado, con estas elocuentes palabras, que recoge Procopio en su libro *Las Guerras* (I, 24, 33-37), que tienen un evidente eco de tragedia clásica:

*Creo que es insensato discutir ahora si es conveniente que una mujer – cuando los hombres no saben a qué atenerse- tome la palabra o se atreva a proponer animosos consejos. Quien ha sufrido un perjuicio extremo no tiene más remedio que enfrentarse a él con la mejor solución posible.*

*Pienso que en este momento la huida es el paso más falso que pueda darse, aunque en ella podamos hallar la salvación.*

*Tan verdad como que cada hombre que ha visto la luz del mundo no puede eludir la hora de su muerte, es que el hombre que una vez ha sido emperador no podrá soportar la vida en el destierro. En lo que a mí respecta, yo nunca querré despojarme de esta púrpura ni ver el día en que alguien no me llame “señora”.*

*Si tú, mi César, quieres salvarte, está bien: hazlo. Lo tienes todo a tu favor: dinero en abundancia y ahí abajo el mar y los barcos aparejados para llevarte. Pero ten cuidado, pues esa salvación puede ser más fatal para ti que la propia muerte.*

*En cuanto a mí, me mantengo fiel al antiguo dicho: “El poder es un espléndido sudario” (17).*

Discurso grandioso que evoca valor, temple, coraje, decisión. Discurso que, tal vez, para muchos cortesanos, presentes en la escena, sería toda una revelación, que escucharían asombrados y reprimiendo una mueca cínica, porque, sin la menor duda, sin la púrpura imperial Teodora no era nadie, tan sólo una mujer de origen humilde, una ex actriz, una antigua prostituta, como sabían muchos habitantes de

Constantinopla. Tras esta vigorosa intervención de su esposa, Justiniano decidió quedarse en la Ciudad y sofocar con extrema dureza la sublevación (18). La revuelta que empezó siendo un enfrentamiento entre dos grupos rivales en el Hipódromo, fue vencida, y se saldó con más de 30.000 muertos. En estos trágicos sucesos de “Nika” los Verdes, que estaban apoyados por el pueblo y los comerciantes de la ciudad, y los Azules, que representaban a la aristocracia (Justiniano era seguidor de este grupo), dos facciones opuestas que, olvidándose de su rivalidad, se unieron, para rebelarse contra el Emperador bizantino, cuando se disponía a enviar las tropas, al mando de Belisario, contra los vándalos. Los Verdes (los *Prasinoi*) y los Azules (los *Venetii*), eran las dos facciones herederas de la tradición romana, que tenía otras dos más: Los Rojos y los Blancos (19). Con el tiempo estos cuatro grupos, en Constantinopla, se redujeron a dos: Verdes y Azules, como nos narra el novelista Robert Graves:

*Cada cual debía ser Azul o Verde (...) Era cierto que originariamente había una facción Roja y una Blanca en el Hipódromo, que representaban los colores del verano y el invierno, tal como el Verde representaba la primavera y el Azul el otoño. Pero ahora las carreras de carros se corren con dos carros contra dos (...); de modo de los Blancos y los Rojos ya no existen, pues hace tiempo que se afiliaron respectivamente al Azul y al Verde (20).*

Cada uno de estos grupos tenía sus cuadras, sus caballos, su propia ideología y sus propios seguidores, aunque, muchas veces, sus actividades recuerdan, más bien, a organizaciones de tipo “mafioso”.

Al principio, los revoltosos sólo pretendían obtener el perdón para algunos de sus miembros, acusados de varios delitos; pero, enseguida, se unieron algunos senadores, que pretendían derrocar a Justiniano y sustituirlo por un sobrino del fallecido emperador Anastasio, un infeliz llamado Hipatio, quien, una vez reprimida la violenta rebelión, fue decapitado y su cuerpo arrojado al mar.

Al grito de “¡Nika!” (“¡Vence!” o, más bien, “¡Victoria!”), que se usaba para animar a los aurigas, se inició la revuelta. Los sublevados incendiaron y saquearon muchos edificios del centro de Constantinopla. Finalmente, el general Belisario acabó con los desórdenes, masacrando a muchos amotinados (21). Una de las causas profundas de esta sublevación hay que buscarla en los elevados tributos que Justiniano impuso al pueblo, para sufragar los gastos del ejército, y en el cobro de los mismos, a cargo de los ministros de Justiniano, entre los que se encontraba Juan de Capadocia, enemigo de la Emperatriz, quien propició su caída en desgracia. El Imperio necesitaba muchísimo dinero para cubrir los enormes gastos ocasionados por las construcciones que se estaban llevando a cabo en la capital y por las guerras exteriores.

En el año 541 empieza a difundirse, por todas las tierras orientales del Imperio Bizantino, una epidemia de peste bubónica, que llegó hasta Egipto desde Antioquia. Un terrible mal que causaría, en todo el Imperio, la muerte a cerca de veinte millones de personas. Poco a poco, la enfermedad se fue extendiendo hacia las ciudades más

occidentales, llegando a la capital, Constantinopla, donde se superó la cifra de más de treinta mil muertos, probablemente casi la mitad de la población. El sexagenario Justiniano también enfermó y se temía por su vida porque la peste atacaba a todo ser humano, no conocía categorías ni dignidades y, se recordaba, que en el pasado, algunos personajes poderosos habían muerto de peste: Pericles, el Emperador Marco Aurelio... Entonces la Emperatriz Teodora asumió el control del gobierno y, tal vez, de la sucesión. La noticia llegó al ejército de Oriente, que combatía contra los persas. Allí los oficiales consideraron la posibilidad de nombrar Emperador a su general Belisario si Justiniano llegara a morir. A finales del año 542 el Justiniano recuperó la salud y envió a su general Belisario a la península italiana, para que se enfrentara a los ostrogodos, sin contar con suficientes soldados, por eso perdió la ciudad de Roma ante Totila, rey ostrogodo, pero la recuperó de nuevo, aunque los ostrogodos siguieron conservando el resto de Italia, con la excepción de la ciudad de Rávena (22).

Teodora impulsó, junto a su esposo, el embellecimiento de la ciudad de Constantinopla, levantando acueductos e iglesias, entre las que destaca Santa Sofía, dedicada a una idea teológica-filosófica: la Sabiduría de Dios. Esta bellísima basílica, obra maestra de los arquitectos Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto, se construyó después de la revuelta de Nika del año 532 y se convirtió en el símbolo más destacado del reinado de Justiniano, pues fue utilizada por el Emperador como propaganda de la idea Imperial.

En el año 548<sup>a</sup> finales del mes de junio, murió Teodora, de cáncer, sin haberle podido dar hijos a Justiniano, con la pena de no haber conseguido tener un heredero para el inmenso Imperio que había logrado edificar (23), tal vez porque los numerosos abortos a los que se sometió, cuando era una ramera, la dejaron estéril. Aunque de jovencita, entre el 515 y el 516, cuando tenía apenas unos 15 ó 16 años, tuvo una hija de la que no conocemos su nombre, pero sí sabemos el del nieto de Teodora, hijo de su hija: se llamaba Anastasio (24). La emperatriz Teodora no tuvo ningún hijo con su esposo Justiniano. Parece ser que, antes de la boda, el novio enfermó de *orquitis* (literalmente: inflamación de los testículos) hacia 524 y, a pesar de que se curó y recuperó su vigor sexual, pudo haber quedado estéril (25).

Antes de morir, logró casar a su inteligente sobrina Sofía, hija de su hermana Comitó, con Justino, sobrino del Emperador y su futuro heredero, un joven débil de carácter y, por consiguiente, muy influenciado por su inteligente esposa... (26).

Teodora fue Emperatriz más de veintiún años. Justiniano sobrevivió a su esposa 17 años. Aunque había estado muy unida a su esposo, Teodora había frustrado algunos planes de Justiniano, quien, ahora, muerta su mujer, acometió de nuevo con renovada energía. Uno de estos proyectos era buscar la unidad religiosa del Imperio y acabar con los enfrentamientos entre monofisistas y diofisistas. Esta tarea será la política de Justiniano en las décadas cuarenta y cincuenta del siglo VI. Su deseo era buscar la paz y la unidad de la Iglesia para, a través de ella, intentar reconstruir el Imperio Romano.

Si para Procopio la Emperatriz Teodora fue una ramera, lujuriosa y oportunista, que manipuló al Emperador Justiniano, para muchos cristianos considerados herejes fue una santa, cuya fiesta se celebra todos los 30 de diciembre (27). Y más todavía: el VI Concilio Ecuménico le da a Teodora el calificativo “*De piadosa memoria*” (28).

En el año 565, a los 82 años de edad, moría Justiniano. Su cuerpo fue depositado en la iglesia de los Santos Apóstoles, allí, junto a la tumba de su esposa, fue enterrado, como una evidente prueba de amor y respeto hacia la mujer que había compartido su vida y su reinado (29).

Hans-Georg Beck compara la trayectoria vital de Teodora con la de Evita Perón, con la que guarda un más que evidente paralelismo, pues ambas mujeres, actrices de categoría ínfima (*mimos*, la primera y *fotonovelas*, la segunda), acabaron alcanzando las más altas cumbres del poder (30).



Rávena, iglesia de San Vital: En primer plano, vemos dos capiteles con cimacio; al fondo, se puede observar el famoso mosaico con la Emperatriz Teodora y sus damas.

## NOTAS

- (1) Procopio de Cesarea: *Historia secreta*, IX, 20-23, Traducción de Juan Signes Codoñer, Madrid, 2000, Gredos, Págs. 203-204. Roudinesco, Élizabeth: *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, Barcelona, 2009, Anagrama, Págs. 187 y 190.
- (2) Garland, L.: *Byzantine Empresses. Women and Power in Byzantium, 527-1204*, Londres-Nueva York, 1999. Citado por Antonio Bravo García en su trabajo "Teodora, el esplendor de Bizancio", en *Mujeres en la Antigüedad*, Jesús de la Villa (ed.), Madrid, 2004, Alianza, Pág. 257.
- (3) Kasdagli, Aglaia: "El papel de las mujeres en Bizancio", en *Hijas de Afrodita: la sexualidad femenina en los pueblos mediterráneos*, Aurelio Pérez Jiménez y Gonzalo Cruz Andreotti (eds.), Madrid, 1996, Ediciones Clásicas, Pág. 178-179.
- (4) Citado por Kasdagli, Aglaia en su trabajo "El papel de las mujeres en Bizancio", Op. Cit. Pág. 190.
- (5) Procopio, X, 6 y X, 8.
- (6) I, 35-37.
- (7) III, 16-21.
- (8) Herrin, Judith: *Mujeres en púrpura*, Madrid, 2002, Taurus, Pág. 36.
- (9) XII, 30-32.
- (10) Patlagean, E.: "Ancienne hagiographie byzantine et histoire sociale", *Annales ESC* 1, 1968, Págs. 112 y siguientes.
- (11) IX, 9- 11.
- (12) IX, 12-20.
- (13) Cesaretti, Paolo: *Teodora, Emperatriz de Bizancio*, Madrid, 2008, Ariel, Pág. 75.
- (14) IX, 30-32.
- (15) Kasdagli, Aglaia, Op. Cit, Pág. 191.
- (16) Salti, Stefania y Venturini, Renata: *La vie de Teodora*, Ravenna, 1999, Edizioni Stear, Págs. 13-14. Bertrán Roig, Jordi: "Justiniano el Grande, Emperador de Bizancio", *Revista Historia y Vida* nº 486, 2008, Pág. 40. Cesaretti, Paolo: *Teodora, Emperatriz de Bizancio*, Madrid, 2008, Ariel, Págs. 222-223.
- (17) Texto citado por Cesaretti, Paolo en *Teodora, Emperatriz de Bizancio*, Madrid, 2008, Ariel, Págs. 189-190 y por Andersson, Bonnie S. y Zinsser, Judith: *Historia de las mujeres: una historia nuestra*, Volumen 1, Barcelona, 1991, Crítica, Pág. 71.
- (18) Herrin, Judith: *Mujeres en púrpura*, Madrid, Taurus, Pág. 21.

- (19) Cesaretti, Paolo: *Teodora, Emperatriz de Bizancio*, Madrid, 2008, Ariel, Pág. 24.
- (20) Graves, Robert: *El Conde Belisario*, 2<sup>a</sup> Edición, en Pocket Edhasa, abril de 1998, Barcelona, Edhasa, Pág. 30.
- (21) Treadgold, Warren: *breve historia de Bizancio*, Barcelona, 2001, Paidós, Págs 78-79. Cimok, Fatih: *Hagia Sophia*, Estambul, 1998, A Turism Yayinlari, Pág. 10.
- (22) Treadgold, Op. Cit., Págs. 81-83.
- (23) Salti, Stefania y Venturini, Renata: *La vie de Théodora*, Ravenna, 1999, Edizioni Stear, Pág. 21.
- (24) Cesaretti, Paolo: *Teodora, Emperatriz de Bizancio*, Madrid, Ariel, 2008, Págs. 61, 82, 141, 145, 165, 195 y 319.
- (25) Cesaretti, Paolo, Op. Cit., Pág. 147.
- (26) Posadas, Carmen y Courgeon, Sophie: *A la sombra de Lilith*, Barcelona, 2004, Planeta, Pág. 148.
- (27) Sotomayor, Manuel y Fernández Ubiña, José, coordinadores: *Historia del cristianismo, I, El mundo antiguo*, Madrid, 2003, Trotta, Págs. 772,773, 774 y 775.
- (28) Cesaretti, Paolo: *Teodora, Emperatriz de Bizancio*, Madrid, 2008, Ariel, Pág. 345.
- (29) Bertrán Roig, Jordi: "Justiniano el Grande, Emperador de Bizancio", *Revista Historia y Vida*, nº 486, 2008, Pág. 43.
- (30) Beck, H-G.: *Lo storico e la sua vittima. Teodora e Procopio*, Roma-Bari, 1980, Pág. 90. Cesaretti, Paolo: *Teodora, Emperatriz de Bizancio*, Madrid, 2008, Ariel, Pág. 63.

[www.imperiobizantino.com/teodora/htm](http://www.imperiobizantino.com/teodora/htm).

[www.roman-emperors.org/justinia.htm](http://www.roman-emperors.org/justinia.htm).